



LUIS LELOIR

CRONICA DE SI MISMO

El Dr. Luis Leloir ganador del Premio Nobel de Química 1970, se graduó en la Argentina en 1932 y en la actualidad tiene 64 años. Toda una vida dedicada a las investigaciones le valieron el premio otorgado por la Academia de Ciencias de Estocolmo. 32 millones de pesos, la fama, la popularidad.

Entrevistado en forma exclusiva por El Suplemento, manifestó su deseo de que esta nota se redactara en forma de cuento. Para eso nos dio todos los elementos posibles para formar una historia. Este es el resultado.

LELOIR POR LELOIR

Se acercaba la hora fijada para la entrevista, una más entre las miles que he soportado este último tiempo, y en mi interior, esperanzado, rogaba para que la lluvia acobardara a los interesados. ¡Qué se van acobardar! Tampoco nos acobardábamos nosotros cuando estábamos en Julián Álvarez y eso que allí llovía tanto afuera como adentro ¡qué increíble! Todos corríamos a tapar las goteras con pintura negra, chapas, lonas o lo que fuera. Eso sí, los libros los teníamos bien protegidos por dentro con aquel acueducto de ruberoide, de modo que el agua se desviara para afuera. Esa idea fue genial. Eramos seis trabajando en tres laboratorios de 3 x 4 y sin embargo fuimos muy felices; nadie se ocupaba de nosotros. Creo que fue una de las épocas más productivas que coronamos con el premio de Biología de la Sociedad Científica.

Houssay nos mostró un camino al instalarse primero en Costa Rica y Julián Álvarez con su Instituto de Biología Experimental, cuando lo echaron de la Facultad en la época de Perón. Después lo seguimos nosotros. Difícil la política, siempre me resultó complicada.

Quería ponerme a trabajar y mi mirada sólo lograba rozar las mesas, los guantes de goma, los tubos de ensayo, los frascos de vidrio, que aguardaban con iluminación silenciosa el tacto del hombre a quien habían convertido en Premio Nobel. Sólo atiné a decirles gracias, mil gracias y mis labios se cubrieron de sal ante la imagen de la realidad que me apartaba de ellos. Apoyé mi cabeza contra el vidrio de la ventana y entré al boliche de enfrente donde unos hombres conversaban al-

rededor de una mesa semidestartalada ¿de qué hablarían? Si viviera Gardel, creo que le pediría que dedicara una de sus canciones a esta esquina de Belgrano, tan sencilla, tan baja, tan solitaria. Gardel... ya ni tiempo me han dejado para escuchar tus tangos.

—Señor, lo esperan de El Suplemento del diario EL DIA—, me informaron.

—Gracias— contesté, comprobando que se habían adelantado cinco minutos, que pensaba tomármelos igual para mí. En el fondo me reía ¿qué son cinco minutos, si lo que necesito son horas, días como los que había pensado gastar en Chapadmalal, aunque igual serían interrumpidos por esa conferencia ya programada en la Sociedad de Investigaciones Clínicas de Mar del Plata? ¡Hasta cuándo seguirá este oleaje que me aparta de lo mío!

Paz, tranquilidad, mi hogar, mi mujer, mi hija... todo invadido. Perdon Amelia, te he convertido la casa en una oficina; clasificas, redactas, diriges ocho horas diarias a dos secretarías para contestar ese aluvión de cartas de felicitaciones. Ya no me queda tiempo para admirar las obras de Amelita en su taller de Bellas Artes. Tiempo, tiempo...

Terminé de prenderme los botones de mi delantal gris, como esta tarde y nos arrastramos los dos por ese pasillo custodiado por heladeras de todo tamaño, cofres de oro que encierran un pasado y un futuro, parte de mi vida.

—¿Que la prensa europea cree que soy francés porque ocasionalmente nací allí? Bueno esas son cosas de leyes de los países, no hay que darles importancia. Además, los diarios dicen tantas inexactitudes que una más no hace nada. (¿Se enojarán los del diario por lo que digo?).

Y me preguntaron si al saberme ganador del Premio Nobel lo consideraba el momento más feliz de mi vida, cuando a la satisfacción que me produjo en el primer momento la noticia, la despedazaron con la pérdida de mi tranquilidad.

—¿Cómo es esa pregunta de que si los premios monetarios recibidos los he donado en la Argentina o en otros países? Francamente no entendía hasta que me explicaron que Cortázar había exigido 10.000 dólares por su reporte para destinarlo a una escuela en Cuba, por lo que dejé bien aclarado que siempre los doné al Instituto de

mi país, salvo alguno que se me puede haber quedado pegado al bolsillo.

—Aun no sé en que destinaré los 32.000.000 de pesos del premio. Si ni siquiera me dejan preparar el discurso en inglés que tendré que pronunciar en Suecia cuando me los entreguen.

—En Julián Álvarez 1719, pasamos 8 años (de 1947 a 1955), luego se fue Perón y el ministro de Salud Pública, el Dr. Martínez, nos destinó este edificio.

Después, recorrí con la mirada todo lo que me rodeaba. Por un rato, mis ojos se detuvieron en la puerta de la heladera, aquella que está a la entrada donde se lee PREMIO NOBEL HABEMUS, FIACA TENEMUS.

¡Ah! Qué tiempos aquéllos en los que era un hombre como todos.

Esta nota fue producida por INES NAVARRO.

¿QUIEN ES LELOIR?

Como es de suponer, Luis Federico Leloir no dijo muchas cosas. Cuando se decide volcar sobre un papel el concepto de sí mismo, un pequeño tributo a la modestia impide contar otras historias jugosas. ¿Pero qué es en realidad lo que Leloir no dijo?

En primer lugar "olvidó" que en el año 1956 tuvieron que crearle una categoría especial: la de profesor extraordinario, pues no había nadie en su especialidad capaz de integrar un concurso para juzgarlo. Un problema que sin duda deben haber enfrentado los jurados de numerosos Premios Nobel en otras tantas oportunidades.

El doctor Leloir nació en Francia, el 6 de setiembre de 1906, sus padres eran argentinos; él se nacionalizó. En 1932, en la facultad de Medicina de Buenos Aires, se graduó de doctor en medicina, dos años después recibió el premio a la mejor tesis. Entonces ya tenía una pasión: la enzimología. A fines de 1935, su afición a esta rama de la biología lo llevó a los Estados Unidos. 1936 lo dedicó a perfeccionarse junto al profesor Topkins, una eminencia de Cambridge. Al término de esa nueva petit carrera volvió a su Buenos Aires, para regresar a los EE. UU. siete años después. Esta vez se dirigió a la Washington University de Columbia. Después llegaron otros viajes de perfeccionamiento, fundamentalmente por Europa.

La biología ya le había dado antes muchas satisfacciones y reconocimien-

tos: El Premio Nacional de Ciencias (1944); El premio Sociedad Científica Argentina (1953); El premio T. Ducett Jones Memorial, de la Award, de la Fundación Helen Hay Whitney (1958); El premio de la Fundación Severo Vaccaro (1962); El premio Louise Gross Horwitz, de 25.000 dólares, que le otorgó la Universidad de Colombia; El premio Benito Juárez, de 100.000 pesos mexicanos; el título de doctor Honoris Causa otorgado por la Universidad de París, y uno similar otorgado por la Universidad Nacional de Tucumán, en 1966.

En el año 1952 el doctor Luis Federico Leloir fue postulado para el premio Nobel de Medicina. El argumento era serio: simplemente un reconocimiento de sus aportes al estudio de los procesos biológicos en las células.

Otras cosas que Leloir no dijo y las había adelantado la Academia Sueca. Los descubrimientos del científico argentino fueron varios, pero entre todos el más importante es —a juicio de la Academia— el de los azúcares nucleótidos, una suerte de llave maestra para transformar un azúcar en otro. Sus trabajos esclarecieron de paso, la biosíntesis de los hidratos de carbono. Esta, labor de vanguardia realizada durante más de 30 años. Una investigación tenaz, inteligente y afortunada, que puede conducir a los hombres a que se liberen de un mal que se resiste a todo tratamiento médico: la diabetes. El hallazgo de Leloir acicateó la curiosidad de todos los investigadores del mundo. En los laboratorios de los distintos países comenzó una dura carrera: la del descubrimiento de los nucleótidos. Hoy ya hay más de cien catalogados y caracterizados.

Los miembros de la Academia Sueca no se olvidaron de recordar que el promotor, precursor y guía de esas investigaciones en torno a los azúcares nucleótidos es precisamente el doctor Leloir.

"Pocos hallazgos —decía la Academia en el mensaje— han tenido tanto impacto sobre la investigación bioquímica como los de Leloir. Su labor y lo que él supo inspirar, nos brindaron un conocimiento real en el amplio campo de la Bioquímica, donde anteriormente teníamos que conformarnos con vagas hipótesis". Cosas todas que evidentemente no surgen cuando se rinde un pequeño tributo a la modestia.